

Mundo Lector

MARZO 2006

TLC

Expectativa por inicio de nueva era comercial

El origen negro del rock

***Procesiones en Popayán:
450 años en andas***

***Primero fue el Big Bang;
¿cómo será el Big Crunch?***

***Danny Leipziger:
No hay fórmulas mágicas
para combatir la pobreza***



ISSN 1794-368X



P M 94



El negro es el color del *rock*

“Debemos evitar cometer actos injustos en el proceso de obtener el lugar que por derecho nos corresponde. No busquemos satisfacer nuestra sed de libertad bebiendo de la copa de la amargura y el odio. Debemos conducir para siempre nuestra lucha por el camino elevado de la dignidad y la disciplina. No debemos permitir que nuestra protesta creativa degenera en violencia física. Una y otra vez debemos elevarnos a las majestuosas alturas donde se encuentre la fuerza física con la fuerza del alma. La maravillosa nueva militancia que ha envuelto a la comunidad negra no debe conducirnos a la desconfianza de toda la gente blanca, porque muchos de nuestros hermanos blancos, como lo evidencia su presencia aquí hoy, han llegado a comprender que su destino está unido al nuestro y su libertad está inextricablemente ligada a la nuestra”.

MARTIN LUTHER KING, WASHINGTON, 1963

————— RAFAEL AYALA SÁENZ —————

En su viaje por el océano Atlántico, doce millones de negros y negras sólo pudieron cargar en sus cuerpos no más que grilletes y huellas de latigazos doblegadores, pero en las bodegas de sus mentes, viajaron con ellos toneladas de cultura: los dioses, la cosmovisión y los rituales de su religión, sus recetas médicas y culinarias, su música y su danza.

Considerados robots de bajo costo, negados como personas, fueron obligados a trabajar en el sur de los Estados Unidos a partir de 1620, fecha en la cual un barco de origen holandés hizo un trueque de 20 negros en el poblado de Jamestown, Virginia. El primer embarque a Nueva York, en ese entonces Nueva Ámsterdam, llegó en 1625. No dejarían de llegar.

La nación ejemplo de sublevación por atreverse, en 1875, a renegar de la corona inglesa que estaba, en ese entonces, sobre la cabeza de Jorge III; el territorio donde los sueños de libertad se hacían realidad, claro está, siempre y cuando fueras caucásico, fue el paraíso de la esclavitud.

Ante tanta humillación y sometimiento, el cantar, en soledad o en conjunto, fue de las pocas expresiones de su cultura que les permitieron sus implacables amos protestantes. Cantos que emitían mientras hacían sus labores agrícolas en los extensos cultivos de algodón, tabaco, arroz y azúcar, o en las barricadas que funcionaban como hospedajes.

Al principio cantaron las letras que describían otros paisajes, otros climas y otras maneras de existir, que recordaban sus lugares de origen, ubicados entre la franja costera desde Senegal hasta Angola y el estrecho de Madagascar.

Letras acompañadas de ritmos y melodías aprendidas y heredadas de ancestrales y diversas culturas como la mandinga, limba, ewe, fante, ashante, benin y ndungo, entre otras.

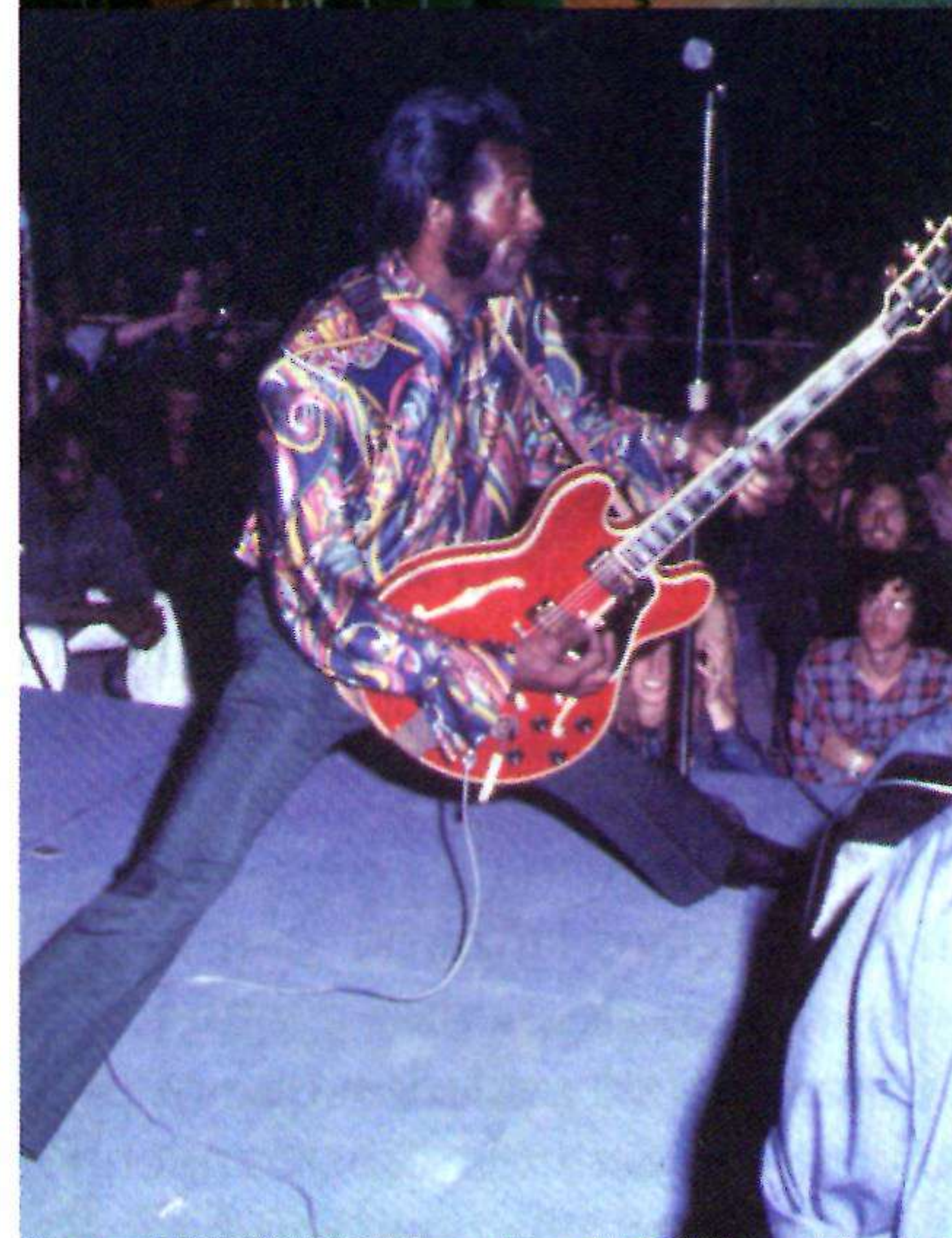
Pero poco a poco fueron incorporando en las letras de sus tonadas las descripciones de sus penas, frustraciones y dolores cotidianos; poco

a poco fueron llenando sus ritmos de los paisajes y la miseria próxima que los circundaban; poco a poco la tragedia y la tristeza de existir se convirtió en los tópicos de sus resignadas arengas.

Todas ellas interpretadas por seres humanos desarraigados, por las malas, del continente africano en los buenos tiempos del capitalismo salvaje. Así fue como el *blues*, el *rhythm and blues*, el *gospel* y el jazz hicieron su aparición en la tierra del Tío Tom, es decir, por toda la cuenca del río Misisipí, que pasa por diez estados del sur de los Estados Unidos (Minnesota, Wisconsin, Iowa, Illinois, Misuri, Kentucky, Arkansas, Tennessee, Misisipí y Louisiana), para desembocar aproximadamente a 160 km de la ciudad de Nueva Orleans.

En el *blues*, el *rhythm and blues*, el *gospel* y el jazz se encriptaron las voces de nostalgia por sus lugares de origen, la melancolía irreparable por un destino no buscado, los anhelos y gritos de libertad y deseos de liberación que no fueron tenidos en cuenta sino hasta mediados de la década de los sesenta, cuando el premio Nobel de la Paz, Martin Luther King, se dio a la tarea de exigir la igualdad en derechos civiles para todos los descendientes de la etnia africana, proponiendo como estrategia la no violencia aprendida de Ghandi.

Exhortó a sus negros hermanos a "liberarse de la paciencia que los había hecho tan pacientes con algo tan importante como la libertad y la justicia". En 1968 mataron al reverendo y a otros miles, mediante la acción de grupos paramilitares llamados Ku Klux Klan, pero no mataron el sueño de libertad y liberación de sus hermanos que expresó como una necesidad de la sociedad contemporánea: "Ahora es el momento de hacer realidad las promesas de democracia. Ahora es el momento de salir del oscuro y desolado valle de la segregación hacia el camino soleado de la justicia racial. Ahora es el momento de hacer de la justicia una realidad para todos los hijos de Dios. Ahora



es el momento de sacar a nuestro país de las arenas movedizas de la injusticia racial hacia la roca sólida de la hermandad”.

Fueron muchas las protestas que se dieron y, además de los discursos y las manifestaciones, fue necesario empezar a usar rocas. Sí, pedazos de rocas, piedras, que les lanzaban a los policías blancos que, con el beneplácito y complicidad de sus cristianos hermanos norteamericanos, golpeaban con látigos vestidos de bolillos, vertían en las impecables avenidas lacrimógenos gases y asesinaban con ráfagas indiscriminadas de disparos al prójimo, al cual no se podía amar como lo mandaba su dios blanco a través de su Jesús blanco con ojos azules cristalinos, porque la Biblia enseñaba que el negro no era el color del prójimo.

Rock traduce roca. La humanidad talló su prehistoria usando piedras. David, el israelita, derrotó a todo un ejército con una piedra. Centurias después, durante la masacre conocida como la ‘intifada’, que comenzó en un campo de refugiados de Jabalya, en Gaza, el 9 de noviembre de 1987, llamada así porque los niños palestinos lanzaron, con sus ondas, ráfagas de piedras contra judíos disfrazados de soldados, que respondieron con certeros disparos mientras la azulada estrella de David ondeaba en un ensangrentado cielo.

En pleno siglo XX, en la batalla por ser reconocidos como personas, los descendientes de africanos empezaron a lanzar rocas de música para gritar con negras voces, acompañadas de estridentes guitarras eléctricas, bajos sonoros y palpitantes bongoes metamorfoseados en baterías, unas cuantas verdades con la esperanza de tumbar el muro de las injusticias. Se empezaba a construir otra forma de expresión para solicitar liberación. Y el sentir de uno solo o de unos cuantos se hizo concierto, y los conciertos también se convirtieron en otra forma de lucha.

Los caucásicos no se resistieron. Buscaron voces negras en cuerpos de

blancos para entonar y gritar este nuevo ritmo frenético con un entusiasmo descabellado y cabelludo. Aparecieron las melenas y con ellas las propuestas de rupturas. Abajo la etiqueta, abajo la rigidez corporal para bailar... ¡Que vivan los rollos! ¡Queremos *rock*! Y así nació el *rock and roll*, más conocido como el *rocanrol*.

Por primera vez blancos y negros estaban de acuerdo en algo: el sistema capitalista los había esclavizado a ambos. El grito de libertad no se volvió exclusivo para afro-descendientes y los caucásico-descendientes terminaron agobiados por la sociedad de consumo, tragados por su propio invento. Ambos descubrieron que el sueño de libertad no tenía color, pero tenía ritmo. El *rock* llegaba desde el África para quedarse... por lo menos hasta que dure el capitalismo Jr.



América latina es hoy territorio del neoliberalismo, el junior del capitalismo salvaje. No es extraño, pues, que también sea ahora territorio del *rock* cantado en español. No es extraño que cantautores de nuestros países lancen piedras disfrazadas de versos y estrofas que caen en las ha-

bitaciones, calles, parques y bares de nuestras grises ciudades habitadas por nuevas, creativas y refinadas formas de sometimiento. No es extraño que los jóvenes viejos y los nuevos jóvenes se sigan identificando con esta expresión artística humana porque, unos y otros, han sido maltratados, y siguen siendo maltratados, por un sistema excluyente e irracional que quiere convertirnos en esclavos, ya no con grilletes como símbolo de posesión, sino controlando nuestras mentes a través de todos los medios de comunicación, incluidos los curas, profesores o padres que inconscientemente o conscientemente terminan convertidos en cómplices de la sumisión, del conformismo, de una existencia mediocre donde tener sueños de libertad, de libertad de expresión, vuelve a costarnos las vidas.

El negro en Occidente es el color del dolor y la tristeza. No es extraño que las grandes bandas de *rock* luzcan prendas negras en honor, y tal vez inconscientemente, a una raza despreciada; tampoco que porten un luto constante por la condición humana contemporánea.

Sí, definitivamente, los auténticos cultores del *rock* no son los que posan con ruidosos equipos de sonido estéreo, *walkman*, *disckman* o *ipod*, meneando cabezas, mostrando indumentarias de cuero o tela negra, aretes, melenas y tatuajes, y que exhiben con orgullo las colecciones de sus artistas favoritos en diversos formatos, incluidos el mp3.

Todo aquel que sea un rebelde con causa o un defensor o patrocinador de la libertad y de la justicia, y de la libertad de expresión, no sólo de profesiones como la del periodismo o la educación, sino de una generación a la que le están matando los sueños, es un *rockero*, aunque escuche vallenato, música para planchar, salsa, rancheras o boleros. **M**

MAS INFORMACIÓN: rafaelayalasaenz@gmail.com
Profesor de semiología, periodismo cultural y del Seminario de literatura colombiana en el Programa de Comunicación Social-Periodismo de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Institución Universitaria Los Libertadores.